

cepción del mundo en un instante dado no contiene más que una pequeña porción de sensaciones presentes. Hasta podría en este instante no tener ninguna; en todo caso, no son más que una parte muy insignificante del todo que yo comprendo. La concepción que me formo del mundo en un momento de su existencia abraza además de las sensaciones que experimento actualmente, una variedad innumerable de posibilidades de sensaciones que comprende, primeramente, todas las sensaciones que la observación anterior me prueba que pueden surgir, en aquel momento, en mí, bajo circunstancias cualesquiera y, además, una multitud indefinida é ilimitada de otras sensaciones que, circunstancias desconocidas para mí y aparte de mis previsiones, podrían despertar en mí. Estas diversas posibilidades de sensaciones son la cosa importante para mí en el mundo. Mis sensaciones precedentes son generalmente de poca importancia y, además, fugitivas; por el contrario, las posibilidades son permanentes, que es carácter que principalmente distingue á nuestra noción de la materia ó de la sustancia, de nuestra noción de la sensación. — Estas posibilidades que, con una condición más, se convierten en certidumbres (1), necesitan un nombre especial que las distinga de las posibilidades puras, vagas, cuyas condiciones no ha determinado la experiencia y con las cuales no podemos contar. Ahora bien, tan pronto como se aplica un nombre distintivo, aun cuando sea á la misma cosa considerada bajo un aspecto diferente, la experiencia más familiar de nuestra na-

(1) Which are conditional certainties.

turalidad mental nos enseña que este nombre diferente se considera muy pronto como el nombre de una cosa diferente.

«Estas posibilidades de sensaciones, una vez certificadas y garantizadas, tienen otra particularidad importante: que son la posibilidad, no de sensaciones aisladas, sino de sensaciones reunidas en un grupo. Cuando nos representamos una cosa cualquiera como una sustancia material, en otros términos, como un cuerpo, hemos experimentado ó pensamos que en tales condiciones dadas experimentaríamos, no una *sola* sensación, sino un número y una variedad muy grande y hasta indefinida de sensaciones pertenecientes, en general, á diferentes sentidos y ligadas de tal modo entre sí, que la presencia posible de una anuncie la presencia posible de cualquiera de las otras. Por consiguiente, no sólo esta posibilidad particular de una sensación se encuentra investida de la cualidad de permanencia, cuando no experimentamos actualmente ninguna sensación, sino que también cuando experimentamos una cualquiera, las demás sensaciones del grupo se conciben por nosotros bajo la forma de posibilidades presentes que podrían realizarse en aquel mismo instante. Y como esto ocurre sucesivamente con cada una de ellas, el grupo en su conjunto se presenta al espíritu como permanente y contrasta, no sólo con el carácter temporal de mi presencia corporal en aquel sitio, sino también con el carácter temporal de cada una de las sensaciones que componen el grupo; en otros términos, se presenta al espíritu como una especie de substrato, permanente bajo una serie de experiencias ó manifestaciones temporales, lo cual es otro ca-

rácter esencial que distingue á nuestra idea de la sustancia ó materia de nuestra idea de la sensación.

«Consideremos ahora otro carácter general de nuestra experiencia, que además de los grupos fijos, reconocemos un orden fijo en nuestras sensaciones. Es un orden de sucesión y una vez establecido, por la observación, da origen á ideas de causa y de efecto... ¿De qué naturaleza es este orden fijo de nuestras sensaciones? Es una relación constante entre dos términos y tal que uno precede siempre y el otro sigue siempre. Pero de ordinario, esta relación no se encuentra entre una sensación actual y otra. Hay muy pocos casos en que la experiencia nos muestre estas clases de parejas. En casi todas las parejas que encontramos en la naturaleza, los dos términos, ligados á título de antecedente y de consecuente no son sensaciones, sino estos grupos de que hablábamos; una porción muy pequeña de cada grupo es sensación actual; su porción mayor consiste en posibilidades permanentes de sensación, posibilidades que nos atestiguan un número pequeño y variable de sensación actualmente presente. Por lo tanto, nuestras ideas de causa, de potencia, de actividad, no se ligan en nuestro espíritu á nuestras sensaciones consideradas como actuales, salvo en los casos fisiológicos en que las sensaciones figuran por sí mismas como antecedentes en alguna pareja regular. Nuestras ideas de causa, de potencia, de actividad, en lugar de ligarse á sensaciones, se ligan á grupos de posibilidades de sensación. Las sensaciones concebidas no se nos presentan habitualmente como sensaciones actualmente experimentadas, porque no sólo una

cualquiera de ellas ó una cantidad cualquiera de entre ellas, puede suponerse ausente, sino que también ninguna de ellas tiene necesidad de estar presente. Encontramos que las modificaciones que se verifican más ó menos regularmente en nuestras posibilidades de sensación, son en su mayoría enteramente independientes de la conciencia que tenemos de nuestra presencia ó de nuestra ausencia. Que estemos dormidos ó despiertos, el fuego se extingue y pone fin á una posibilidad particular de calor y de luz. Estemos presentes ó ausentes, el trigo madura y trae una nueva posibilidad de alimentación. Por este medio aprendemos rápidamente á representarnos la Naturaleza como compuesta solo de estos grupos de posibilidades, y concebimos la fuerza activa en la naturaleza, como manifestada por la modificación de alguna de ellas por medio de otra. Así, las sensaciones, que, sin embargo, son el fundamento original de todo, acaban por ser consideradas como una especie de accidente que depende de nosotros, y las posibilidades se consideran mucho más reales que las sensaciones actuales, más aún, como las realidades mismas de las cuales no son más que representaciones, apariencias ó efectos.—Una vez llegados á ese estado de espíritu, y á partir de ese momento, durante todo el resto de nuestra vida no volvemos á tener conciencia de una sensación presente sin referirla instantáneamente á alguno de los grupos de posibilidades en los cuales hay registrada una sensación de la misma especie, y si no sabemos aún á qué grupo referirla, sentimos por lo menos, la convicción irresistible de que debe pertenecer á un grupo ó á otro, en otros términos, que su pre-

sencia prueba la existencia, aquí y actualmente, de un gran número y de una gran variedad de posibilidades de sensación sin las cuales no se habrían producido aquellas. El conjunto de las sensaciones como posibles, forma así como un fondo permanente á una cualquiera ó á varias de las sensaciones que, en un momento dado son actuales, y las posibilidades se conciben como si estuviesen con relación á las sensaciones actuales, en la relación de una causa á sus efectos, ó de una tela á las figuras pintadas en ella, ó de una raíz á su tallo, á sus hojas y á sus flores, ó de un substratum á lo que se extiende encima, ó en lenguaje trascendental, de una materia á su forma.

»Cuando se llega á este punto, las posibilidades permanentes en cuestión han tomado con respecto á nosotros un aspecto y un papel tan diferentes del papel y el aspecto que revisten nuestras sensaciones, que no pueden dejar, gracias al juego natural de nuestra constitución mental, de ser concebidas y creídas tan diferentes, cuando menos, de nuestras sensaciones, como una sensación lo es de otra. Se olvida el fundamento que tienen en la sensación y suponemos que son algo que intrínsecamente difiere de ésta. En efecto, podemos sustraernos á nuestras sensaciones (externas) ó podemos ser apartados de ellas por algún otro agente. Pero, aunque las sensaciones cesen, las posibilidades siguen existiendo; son independientes de nuestra voluntad, de nuestra presencia y de todo lo que nos pertenece. Descubrimos además que pertenecen á seres humanos ó sensibles, distintos de nosotros mismos. Encontramos que otras personas fundan sus esperanzas y su conducta en las mismas permanentes posibili-

dades que nosotros. Pero no encontramos que experimenten las mismas sensaciones actuales. Las demás personas no tienen nuestras sensaciones exactamente cuándo y como nosotros las tenemos; pero tienen nuestras posibilidades de sensación. Todo lo que indica como presente una posibilidad de sensaciones para nosotros, indica como presente una posibilidad de sensaciones semejantes para ellos, excepto en cuanto sus órganos de sensación pueden apartarse del tipo de los nuestros. Esto pone el sello final á la concepción, por la cual consideramos los grupos de posibilidades como la realidad fundamental en la Naturaleza. Las posibilidades permanentes son comunes á nosotros y á las criaturas semejantes á nosotros; las sensaciones actuales no lo son. Lo que los demás perciben cuando yo percibo, lo que los demás atestiguan por los motivos, según los cuales yo atestiguo, me parece más real que aquello de que ellos no saben nada, á menos que yo les informe de ello. El mundo de las Sensaciones posibles que se suceden unas á otras, según leyes, está tanto en los demás seres que sienten como en mí; luego hay una existencia fuera de mí; hay un Mundo exterior.

«La materia puede, pues, definirse como una Posibilidad permanente de sensación... Creemos percibir un algo estrechamente ligado á nuestras sensaciones, pero diferente de las que experimentamos en este instante particular, y distinto de las sensaciones en general, porque es permanente y siempre el mismo mientras que éstas son fugitivas, variables y se remplazan unas á otras. Pero estos atributos del objeto de la percepción son propiedades que pertenecen á todas las posibili-

dades de sensación que la experiencia garantiza. La creencia en estas posibilidades permanentes me parece, pues, encerrar todo lo que es esencial ó característico de la creencia en las sustancias. Creo que Calcutta existe aunque no percibo esta ciudad y creo que existiría aun cuando todo habitante capaz de percepción dejase de pronto el lugar ó cayese muerto. Pero si analizo mi creencia, todo lo que encuentro en ella es que si estos sucesos tuviesen lugar, la posibilidad permanente de sensación que yo llamo Calcutta subsistiría aún, y que si yo fuese trasportado repentinamente á orillas del Hooghly, seguiría teniendo las mismas sensaciones que, de tenerlas ahora, me permitirían afirmar que Calcutta existe aquí y en este momento (1). Podemos, pues, inducir de aquí que los filósofos, lo mismo que los demás hombres, cuando piensan en la materia, la conciben realmente como una posibilidad permanente de sensación. Pero la mayoría de los filósofos se figura que es algo más; y los demás hombres, aunque según mi opinión, no tienen en el espíritu más que una posibilidad permanente de sensaciones, serían indudablemente, si se les propusiese la cuestión, del parecer de los filósofos; y, aunque esto se explique suficientemente por la tendencia del espíritu á inferir una diferencia en las cosas de una diferencia en los nombres, me reconozco obligado á mostrar cómo es posible creer en la existencia de una cosa trascendente distinta

(1) Para que el análisis sea completamente exacto creo que hay que decir: «Si un sér cualquiera, análogo á mí, fuese trasportado á orillas del Hooghly, tendría, etcétera. La posibilidad permanente es absolutamente general.

de las posibilidades de sensación, y esto sin que haya tal cosa y sin que la percibamos actualmente.

»Dicho esto, la explicación no es difícil. Es un hecho admitido que somos capaces de todas las concepciones que la generalización puede formar partiendo de las leyes observadas de nuestras sensaciones. En cuanto hemos observado una relación entre alguna de nuestras sensaciones y algo que es diferente de ella, podemos sin dificultad, concebir la misma relación entre las sumas de todas nuestras sensaciones y alguna cosa que sea distinta de ellas. Las diferencias que nuestra conciencia reconoce entre una sensación y otra nos dan la idea general de diferencia y asocian indisolublemente á cada sensación que tenemos el sentimiento de que es diferente de otras cosas; y cuando se ha formado una vez esta asociación, no podemos concebir una cosa cualquiera sin ser capaces y hasta vernos obligados á formar también el concepto de algo diferente. Esta familiaridad con la idea de algo diferente de cada cosa que conocemos, nos conduce fácil y naturalmente á formar la noción de algo diferente de todas las cosas que conocemos, tanto colectiva como individualmente. Es verdad que no podemos formarnos ninguna idea de lo que tal cosa pueda ser; la noción que de ella tenemos es puramente negativa; pero la idea de sustancia, si se le quitan las impresiones producidas sobre nuestros sentidos, es puramente negativa. Así, pues, no hay ningún obstáculo psicológico que nos impida formar la noción de un algo que no sea ni sensación ni posibilidad de sensación, aun cuando nuestra conciencia no confirme esta operación con su

testimonio; y es completamente natural que las posibilidades permanentes de sensación que atestiguan nuestra conciencia se confundan en nuestro espíritu con este concepto imaginario. Nuestra experiencia entera nos muestra la fuerza de la tendencia que nos lleva á tomar las abstracciones mentales, aun negativas, por realidades sustantivas; y las posibilidades permanentes de sensación que garantiza la experiencia son, por varias de sus propiedades, tan extremadamente diferentes de las sensaciones actuales, que, puesto que somos capaces de imaginar algo que va más allá de la sensación, hay una gran probabilidad natural para suponer que son ese algo.

»Pero esta probabilidad natural se convierte en certidumbre en cuanto hacemos intervenir la ley universal de nuestra experiencia que se llama ley de causalidad, y que nos hace incapaces de concebir el comienzo de una cosa cualquiera sin una condición antecedente ó causa. Este caso es uno de los más notables entre aquellos en que hacemos extensiva á la suma total de nuestra experiencia una noción sacada de las partes de nuestra experiencia. Es un ejemplo notable de nuestra capacidad para concebir y de nuestra tendencia á creer que una relación, que subsiste entre cada elemento individual de nuestra experiencia y cualquier otro elemento, subsiste también entre la totalidad de nuestra experiencia y algo situado fuera de la esfera de la experiencia. El extender así el conjunto de todas nuestras experiencias una relación interior que existe entre sus diversas partes, nos conduce á considerar la sensación misma—la reunión total de nuestras sensaciones—como teniendo origen en existencias antecedentes y que trascienden de

la sensación. Nos conduce á esto el carácter particular de estas parejas uniformes que la experiencia nos revela entre nuestras sensaciones. Como ya hemos observado, el antecedente constante de una sensación raras veces es una sensación actual ó un grupo de sensaciones actuales. Este antecedente es con más frecuencia la existencia de un grupo de posibilidades que no encierran sensaciones actuales, salvo las requeridas para mostrar que las posibilidades están realmente presentes. Para esto no son siquiera necesarias sensaciones actuales; porque la presencia del objeto (que no es nada más que la presencia inmediata de las posibilidades) puede sernos manifestada por la misma sensación que le referimos y que pensamos que es su efecto. De esta manera, el antecedente real de un efecto—el único antecedente que, siendo variable y condicional, es considerado por nosotros como causa—puede ser no una sensación cualquiera actualmente sentida, sino simplemente la presencia, en este momento y en el inmediatamente anterior, de un grupo de posibilidades de sensación. Por tanto, no es á las sensaciones actualmente experimentadas, sino á sus posibilidades permanentes á las que viene á identificarse la idea de causa; y, por un mismo y único mecanismo, adquirimos el hábito de considerar la sensación en general, lo mismo que todas nuestras sensaciones individuales, como un efecto, y á la vez de concebir, como causas de la mayoría de nuestras sensaciones individuales, no ya otras sensaciones, sino posibilidades generales de sensación... Se dirá quizá que la precedente teoría da alguna razón de la idea de existencia permanente que es parte de nuestro concepto de la

materia, pero que no explica una de nuestras creencias, la de que estos objetos permanentes son exteriores ó están fuera de nosotros. Yo creo, por el contrario, que la idea misma de un algo fuera de nosotros se deriva únicamente del conocimiento que la experiencia nos dá de las posibilidades permanentes. Llevamos nuestras sensaciones con nosotros donde quiera que vamos y no existen nunca donde no estamos nosotros. Por el contrario, cuando cambiamos de lugar no llevamos con nosotros las posibilidades de sensación; quedan hasta que volvemos, ó nacen y cesan en condiciones sobre las cuales nuestra presencia no tiene en general ningún influjo. Más aún, son y, cuando hayamos dejado de sentir, serán posibilidades permanentes de sensación para otros seres que nosotros mismos. Así las sensaciones actuales y las posibilidades permanentes de sensación están en contraste absoluto unas frente á otras, y, cuando se ha adquirido la idea de causa, y se ha extendido, por generalización de las porciones de nuestra experiencia á su suma total, es muy natural que las posibilidades permanentes sean clasificadas por nosotros como existencias genéricamente distintas de nuestras sensaciones, pero de las cuales nuestras sensaciones son efectos... Si todas estas consideraciones juntas no explican completamente el concepto que tenemos de estas posibilidades como de una clase de entidades independientes y sustantivas, no se yo qué análisis psicológico puede ser concluyente.»

A mi entender, lo es este, salvo un punto que ya hemos indicado. Estas *posibilidades* de sensación, que están constituidas por la presencia de todas las condiciones de la sensación, menos

una, se transforman en *necesidades*, cuando esta última condición que falta se añade á las demás. Yo veo una mesa, esto significa que teniendo tal sensación visual concibo y afirmo la posibilidad de tales sensaciones de movimiento muscular, de resistencia, de sonido debil, para todo ser sensible; pero significa también que, si á la existencia de un ser sensible se añade una condición más un movimiento tal que ponga su mano en contacto con la mesa, habrá para él no ya solo posibilidad, sino también necesidad de esas sensaciones. Estas necesidades, puestas aparte y consideradas aisladamente, son lo que llamamos fuerzas (1). Fuerza ó necesidad, son dos términos equivalentes, indican que el hecho en cuestión *debe* verificarse; una y otra son particularidades, maneras de ser sacadas del hecho y aisladas por una ficción mental. Pero como la ley que predice ese hecho en tales condiciones es general y, por tanto, permanente, una y otra aparecen como permanentes y se encuentran así erigidas en sustancias, lo cual las opone á los sucesos pasajeros y las clasifica aparte.—Ahora, con el nombre de fuerzas, las posibilidades permanentes se refieren sin dificultad á lo que llamamos materia y cuerpo; no repugna admitir que el mundo en que estamos sumergidos sea un sistema de fuerzas; al menos tal es el concepto de los físicos más profundos. Fuerzas diversas que, en diversas condiciones, provocan en nosotros sensaciones diversas: he aquí los cuerpos con relación á nosotros y á todo ser análogo á nosotros.

(1) Primera parte, libro IV, cap. III.

VI. Queda por saber lo que es un cuerpo con relación á otro.—Notemos primeramente que la mayoría de los cuerpos que percibimos cambian, por lo menos en varios respectos, y que la experiencia diaria muestra sin dificultad estos cambios. Cambian, es decir, que en el grupo de posibilidades que los constituyen, una posibilidad muere; en otros términos, entre las sensaciones posibles que designaban un cuerpo, una sensación deja de ser posible. Esta tapa de estufa estaba fría hace un rato, ahora que se ha encendido fuego está caliente. Esta bola de cera es esférica, dura, olorosa, capaz de producir un sonido pequeño; colocada sobre la estufa encendida se pone blanda, pierde toda sonoridad y todo olor, se esparce en un caldo aplastado. Esta hoja verde no tiene color en la oscuridad. He dejado este libro sobre la mesa y lo encuentro alineado en uno de los estantes de la biblioteca. En todos estos casos una ó varias de las posibilidades de sensación que constituían el objeto desaparecen, siendo ó no remplazadas por otras de la misma especie.—En el fondo, todos estos cambios de los cuerpos no son concebidos ni concebibles sino con referencia á las sensaciones, puesto que todos se reducen, en último análisis, á la extinción ó nacimiento de una posibilidad de sensación. Pero, desde otro punto de vista, aunque los cuerpos no sean más que posibilidades de sensaciones, no dejan por eso estos cambios de ser cambios de los cuerpos, y desde este punto de vista es desde el que ordinariamente los consideramos. Cuando no encontramos una sensación con la cual teníamos costumbre de contar, no pensamos en nosotros, sino en el cuerpo; decimos que ha cambiado de posi-

ción, de figura, de extensión, de temperatura, de color, de sabor, de olor, y, aunque su historia no sea definible para nosotros sino por medio de la nuestra, colocamos su historia en frente de la nuestra como una serie de hechos en frente de otra.

Desde ese momento vienen á añadirse á él y á completar su ser dos series nuevas de propiedades.—Por un lado observamos que es capaz de ciertos cambios en tales condiciones precisas; puede cambiar de lugar, de figura, de tamaño, de consistencia, de color, de olor, ser dividido, ponerse sólido, líquido, gaseoso, ser calentado, enfriado, etc. Lo concebimos con referencia á sus accidentes posibles, como lo hemos concebido con referencia á nuestras sensaciones posibles, y al primer grupo de las posibilidades y de las necesidades permanentes en que le hemos constituido, asociamos otro segundo.—Por otro lado, observamos que uno de sus accidentes provoca un cambio en otro cuerpo. La bola de billar en movimiento mueve á otra bola. Una disolución ácida enrojece el papel de tornasol. Este hogar encendido evapora el agua de la caldera. Este trozo de hierro calentado y acercado dilata el alcohol del termómetro. Por estas diversas observaciones establecemos que tal cuerpo es capaz, en ciertas condiciones precisas, de provocar ciertos cambios en otros cuerpos, y lo definimos, no con relación á sus accidentes, sino con relación á los accidentes de los demás cuerpos. En este tercer concepto, hay también un grupo de posibilidades y de necesidades permanentes y, por estas tres referencias, lo hemos constituido completamente.—Puede y, en ciertas condiciones,

debe provocar en nosotros ciertas sensaciones musculares y táctiles de resistencia, de extensión de figura y de localización, ciertas sensaciones de temperatura, de color, de sonido, de olor y de sabor: esas son sus propiedades sensibles.—Puede y, en ciertas condiciones, debe experimentar ciertos cambios de consistencia, de extensión, de figura, de posición, de temperatura, de sabor, de color, de sonido y de olor: estas son sus propiedades, por decirlo así, intrínsecas.—Puede y, en ciertas condiciones, debe provocar en tal otro cuerpo, cierto cambio de consistencia ó de extensión, ó de figura, ó de posición, ó de temperatura, ó de sabor, olor, color y sonido: estas son sus propiedades con relación á los demás.—Todas estas propiedades no existen sino con relación á accidentes; exponerlas es tanto como predecir tal accidente nuestro, del cuerpo, de otro cuerpo, enunciarlo como posible en ciertas condiciones, más una complementaria, en una palabra, exponer una ley general; y todos estos accidentes, los nuestros, los de los cuerpos, los de los demás cuerpos, se definen en último análisis por nuestros accidentes.

La escena cambia cuando nos proponemos desentrañar, en esta multitud enorme de propiedades, las propiedades fundamentales. Los seres que sienten no son más que una fila en el prodigioso ejército de los seres distintos que observamos ó adivinamos en la naturaleza, y nuestros accidentes no son más que una cantidad mínima en la masa monstruosa de los acontecimientos. Nosotros sustituimos estas notaciones por otras notaciones equivalentes, y definimos las propiedades de los cuerpos no por nuestros accidentes, sino

por algunos de los suyos. En lugar de nuestra sensación de temperatura, tomamos por índice la elevación ó el descenso del alcohol en el termómetro. En lugar de la sensación muscular que experimentamos al levantar un peso, tomamos por índice la elevación ó el descenso del platillo de la balanza. Entre estos accidentes indicadores hay uno muy sencillo y más universalmente extendido que todos los demás, el movimiento, ó paso de un lugar á otro, con sus diversos grados de velocidad.—Lo observamos desde luego en nosotros mismos; la noción primitiva que de él tenemos es la de las sensaciones musculares más ó menos enérgicas cuya serie, más ó menos larga acompaña á la flexión ó la extensión de nuestros miembros. Por analogía y por inducción, así como atribuimos á los cuerpos organizados sensaciones percepciones, emociones y otros accidentes semejantes á los nuestros, atribuimos también á todos los cuerpos movimientos semejantes á los nuestros. Pero, por comprobación y rectificación, así como limitamos poco á poco la semejanza demasiado completa que imaginábamos desde luego entre los animales inferiores y nosotros, así también limitamos poco á poco la semejanza demasiado grande que imaginábamos á primera vista entre los movimientos de los cuerpos brutos y los nuestros. El niño ha creído y pronto deja de creer que su pelota salta y huye, que su bola corre contra él y quiere hacerle daño. El hombre ha concebido y por último ha dejado de concebir el impulso del proyectil como un esfuerzo (1) análogo al suyo; en su metáfora reconoce una metáfo-

(1) *Nisus*.



ra y quita de ella lo necesario para que convenga á un cuerpo incapaz de intenciones y de sensaciones. En lugar de concebir el movimiento como una serie de sensaciones sucesivas interpuestas entre los momentos de partida y de llegada, lo concibe entonces como una serie de estados sucesivos interpuestos entre los momentos de partida y de llegada; por esta limitación quedan omitidas la especie y la calidad de los elementos que componen la serie; no queda más que su número y su orden, y la noción se aplica, no solo á los cuerpos que sienten, sino á todos los cuerpos.

Sentado esto, descubre poco á poco que, en sus definiciones de los cuerpos y de sus propiedades, un modo ó una particularidad del movimiento así concebido puede hacer las veces de sus sensaciones. Llamaba sólido á lo que provoca en él la sensación de resistencia; ahora llama sólido á lo que provoca la detención de un cuerpo cualquiera en movimiento. Concebía la extensión vacía por sus sensaciones musculares de locomoción libre; la concibe ahora por el movimiento no detenido de un cuerpo cualquiera. Se representaba las líneas, las superficies y los sólidos por grupos cada vez más complejos, cuyos elementos eran sus sensaciones de locomoción, de contacto y de resistencia; ahora define la línea por el movimiento de un punto, la superficie por el movimiento de una línea, el sólido por el movimiento de una superficie. Evaluaba la fuerza por la magnitud de su sensación de esfuerzo; la mide ahora por la velocidad del movimiento que imprime á una masa dada, ó por la magnitud de la masa á que imprime un movimiento de una velocidad dada.—Llega así á concebir el cuerpo como un

*móvil motor*, en el cual la velocidad y la masa son puntos de vista equivalentes. De esta manera todos los accidentes de la naturaleza física son movimientos, cada uno de los cuales está definido por la masa y la velocidad del cuerpo en movimiento y es una cantidad que pasa de un cuerpo á otro sin crecer ni decrecer nunca. Tal es hoy día la idea mecánica de la naturaleza. Entre las diversas clases de accidentes, por los cuales se pueden definir las cosas, el hombre escoge una, refiere á ella la mayor parte de las demás, supone que podrá algún día referir á ella los restantes. Pero si se analiza la que ha escogido, se descubre que todos los elementos originales y constitutivos de su definición, como de la definición de todos los demás, no son nunca más que sensaciones ó productos más ó menos elaborados de sensaciones.

VII. Entre estos productos de sensación por los cuales, en último análisis, concebimos y definimos siempre los cuerpos, ¿hay acaso alguno que podamos atribuirles en buena ley? ¿O es que los cuerpos no son más que un simple haz de potencias ó posibilidades permanentes, de las cuales nada podemos afirmar, sino los efectos que provocan en nosotros? O aún mejor, como piensan Bain y Stuard Mill de acuerdo con Berkeley, ¿no son más que una pura nada, erigida por una ilusión del espíritu humano en sustancias y en cosas del exterior? ¿No hay en la naturaleza más que las series de sensaciones pasajeras que constituyen los sujetos que sienten y las posibilidades duraderas de esas mismas sensaciones? No hay na-

da *intrinseco* en esta piedra? ¿No descubrimos, en ella más que propiedades *relativas*, por ejemplo, la posibilidad de tales sensaciones táctiles para un sujeto que siente, la necesidad de las mismas sensaciones táctiles para el sujeto que siente y que se produzca cierta serie de sensaciones musculares, á saber, la serie de las sensaciones musculares al fin de las cuales su mano llega á tocar la piedra?— Como ya hemos visto, lo que constituye un ser distinto es una serie distinta de hechos ó accidentes. Por tanto, para que esta piedra sea, no la simple posibilidad permanente de ciertas sensaciones de un sujeto que siente, posibilidad vana y de ningún efecto si se suprimiesen todos los seres que sienten (1), es necesario que sea además una serie distinta de hechos ó de accidentes reales ó posibles, accidentes que se producirían aun en el caso de que faltasen todos los seres que sienten. ¿Podemos, por inducción ó analogía atribuirle tal serie?— Por analogía é inducción lo hacemos legítimamente, según convienen todos los secuaces de Berkeley, cuando en lugar de una piedra se trata de un sujeto que siente, hombre ó animal, otro que nosotros. En este caso, no sólo consideramos el objeto percibido por nuestros sentidos como un haz de posibilidades permanentes, sino que ade-

(1) Los astrónomos y los físicos declaran que los seres vivos, y con más razón, los seres que sienten son de origen reciente en nuestra tierra y en general, en nuestro sistema solar. Por consiguiente, si la teoría de Bain y de Stuart Mill es verdadera, nada existía antes de la aparición de los seres que sienten; no había ninguna cosa real ó actual sino solo posibilidades de sensaciones, que esperaban para convertirse en sensaciones la aparición de los seres que sienten.

más le atribuimos en buena ley una serie de sensaciones, imágenes, ideas más ó menos análogas á las nuestras y trasportamos legítimamente á él los accidentes que ocurren en nosotros. Por esta traslación, de simple posibilidad que era deviene cosa efectiva, con la misma razón que nosotros y le reconocemos una existencia distinta, independiente de la nuestra, puesto que los accidentes que la constituyen, aunque observados por nosotros, no necesitan de nuestros accidentes para producirse y sucederse.

¿Hay alguna serie de accidentes internos que podamos, tanto por inducción como por analogía, trasportar de nosotros á la piedra, para conferir á esta la existencia independiente y distinta que hemos conferido á nuestro semejante ó al animal?— Sí la hay, ciertamente, por lo menos á mi entender, y por medio de eliminaciones previas. Como hemos visto antes, de la serie de las sensaciones musculares por la cual concebimos el movimiento, separamos todos los caracteres que pueden distinguirla de otra serie. Después de esta gran supresión, queda reducida para nosotros á una serie abstracta de estados sucesivos, interpuesta entre cierto momento inicial y otro final. Cada uno de los estados componentes ha sido despojado de toda cualidad y no queda definido más que por su posición en la serie, como más próximo ó más alejado del momento inicial ó del final. A esta serie más ó menos corta, de estados sucesivos comprendidos entre un momento inicial y un momento final y definidos solo por su orden recíproco, es á lo que llamamos movimiento puro.— Ahora bien, tenemos todas las razones posibles para atribuirlo á esos desconocidos que llamamos cuer-

pos, para estar seguros de que de uno pasa á otro y para sentar las reglas de esta comunicación, porque la analogía que nos permite conceder á tal forma animal sensaciones, percepciones, recuerdos, voluntades semejantes á los nuestros, nos permite igualmente conceder á esta bala movimientos semejantes á los nuestros. Transportada por nuestra mano, cambia de lugar á nuestra vista, como nuestra propia mano. Paseada á lo largo de nuestros brazos nos da una serie de sensaciones táctiles análogas á las que nos daría nuestro dedo paseado del mismo modo. Empujada por otro cuerpo, cambia de lugar, como lo hace nuestra mano en circunstancias semejantes. Lanzada contra otro cuerpo, lo empuja hacia delante como hace nuestra mano en caso análogo. En una palabra, en miles de experimentos fáciles de repetir, despierta en nosotros esa serie especial de sensaciones visuales y táctiles que nuestra mano, nuestros pies, nuestros miembros en movimiento despiertan en nuestros ojos y en nuestra epidermis. Estos son indicios, como los gestos y los gritos de un animal, es decir, exteriores semejantes á los nuestros, según los cuales afirmamos un interior semejante al nuestro; tenemos, pues, derecho á atribuir á la bala un cambio intrínseco análogo á la sensación muscular de locomoción que por la conciencia observamos en nuestros miembros. Solo nos vemos obligados á limitar esta analogía en cuanto lo exigen los demás indicios; por otra parte, es lo que hacemos para figurarnos al animal mismo, cuando habiendo admitido en él sentimientos é ideas como los nuestros, disminuimos esta analogía á medida que la experiencia aumentada nos prescribe reducciones. Así

descubrimos en los cuerpos un carácter real y propio, el movimiento, y le concebimos como lejanamente análogo á nuestra sensación muscular de locomoción, como una copia extremadamente reducida de esta sensación, en una palabra, como se le acaba de definir. En este respecto, los cuerpos son móviles motores, tal es su esencia; he aquí por qué, si se suprimiesen todos los seres que sienten, todavía subsistiría nuestra piedra; y esto no significa solo que la posibilidad de ciertas sensaciones visuales, táctiles, etc., subsistiría aún; significa también que los desconocidos que llamamos moléculas y que componen la piedra seguirían subsistiendo, en otros términos, que los móviles motores, cuyo conjunto forma la piedra seguirían pesando sobre el suelo proporcionalmente á su masa y ejecutarían las oscilaciones internas que hoy describen. Sea cualquiera el ser animado ó inanimado, se le puede considerar desde dos puntos de vista, con relación á los demás y en sí mismo.—Con relación á los demás, es una condición de accidentes para los demás y especialmente con relación á nosotros, es una condición de sensaciones para nosotros; en este respecto está determinado, pero sólo con relación á nosotros, y no podemos decir nada de él sino que es la posibilidad permanente de ciertas sensaciones para nosotros.—Por otra parte, en sí mismo, es una serie de accidentes que, en ciertas condiciones, tienden á efectuarse; en este respecto está determinado en sí mismo y podemos decir de él que es esa serie junto con las tendencias por las cuales se efectúa.—Este hombre es primeramente la posibilidad permanente de sensaciones visuales, táctiles, etc., que yo experimento cerca de él,